

LA RATA GRIS

(Cuento)

En una comuna de Francia entre París y Versailles, vivía una mujer de mediana edad, llamada administrativamente Jeanne Marie Tugal; en familia o amistades de su tabernario ambiente la conocían por Jeannette Paillet; pero en términos adversativos de vecindad, le pusieron el cargante mote: la Rata Gris.

Era delgada, afilada de cara con piel algo bermeja en la nariz; ojos pequeños y pitáñosos tras los lentes que servían de antifaz a su mirada, sorprendida y furtiva; pues nunca miraba a las personas frente a frente. Tenía algunas arrugas disimuladas entre polvos de arroz y cosméticos, domingos y fiestas de guardar, labios extremadamente finos, y desgredñuda cabellera entrecana. Había pasado los cincuenta, tenía el andar corto, ligero y medroso, en estado normal: su dentadura postiza era herméticamente regular con la perfección que le dio el molde del dentista.

Tenía madame Tugal muy poca conversación, y mucho menos memoria. Estaba discorde hasta consigo mismo, pero no lo demostraba; en su mundo exterior era ecuánime y en su interior imperaba el más completo desorden. Hablaba poco en el patio de su casa y mucho en el mostrador de la taberna Maurice Percin; verdadera matraca de la inteligencia.

¿Quién era Jeanne Marie Tugal? En realidad no tenía historia. De joven (hija de vecino y vecina) dicen que creció en la cursilería; no quiso aprender a leer ni a escribir, ni a bordar ni coser. Mal casó con uno de su pueblo cerca de Dieppe. Su marido le reprochaba de no saber hacer la

comida. No quiso nunca, como así dijo, tener hijos, hasta que llegó a esta región parisina, para vivir "de no importa cuál". Es lo único que se puede saber de ella. Pero poco crédito se le puede dar; Jeannette tuvo un defecto irreparable: el de mentir. Mitómana por naturaleza, se escuchaba demasiado a sí misma y por momentos ya no distinguía lo verdadero de lo falso.

El tedio de una existencia insípida, sin aspiraciones, una vida sin pasado, una juventud prosaica, sin elevación moral, sin gusto por nada, desprovista de amor y sensibilidad, ni cualidades domésticas, ni primorosas manos para bordar, coser o hacer media; tal era el motivo de sus mentiras, por el hecho de querer rescatar su pasado en el refugio de la imaginación. Pero este recurso engañoso variaba según las bebidas que tomase. Los efectos del vino tinto, aportaban tristeza a su alma aburrida. Los aperitivos: pernod, Saint-Raphael, Cinzano, vermouth, y bebidas con chisporroteos de espuma, le inoculaban dos a tres horas de humor y optimismo. El alcohol, coñac, ron, calvados, kirsch (aguardiente de cerezas) y otros que ella conocía... le embrollaban el entendimiento trayendo a su mente imágenes hostiles. Estas bebidas revueltas al destilarse en atropellado alambique, le subían a su cerebro; el aturdimiento, la vacilación y el abandono total del aparato central, por refracción de imágenes y pérdida parcial del equilibrio. Caso extraño, el agua, fuere del grifo o disimulada en agua de Vichy, gaseosas o limonadas, la ponían furiosa; terriblemente furiosa y agresiva.

Para llegar a la vivienda de madame Tugal se pasaba por un patio, que en otros tiempos fue relevo de caballos de posta. Entrada sin puertas, sucia, abandonada y de humedad constante. Siete cubos de basura a la izquierda, casi siempre repletos de inmundicias, pestíferas en verano y en invierno. A la derecha, una poterna del caféstanco de Maurice Percin. De noche los clientes no tenían paciencia de llegar al oscuro rincón del inmundo retrete y orinaban al muro o en medio del patio resguardados por la cómplice obscuridad. La letrina repelente antes de llegar a ella, consistía en una fosa con orificio abierto a lo turco, atascado o repleto a menudo; sin más puente, que unas tablas devoradas por la herrumbre y la tracoma; sujeta a media bis-

gra oxidada; dejando así casi al descubierto, al necesitado de evacuar en cuchillas.

Aquel negligido excusado, era una manzana de la discordia. El origen de un lenguaje recíproco de convecinos, cuyo léxico era de imaginar. Nadie llegó nunca a saber que madame Tugal en achispado sentimiento inextricable, embazaba el nauseabundo retrete con botes, trapos viejos o lo que le viniese a mano.

Para subir a la vivienda de esta mujer, habían unas escaleras tricentenarias de piedra gastada por el uso de tantas generaciones; escalones irregulares, negros y sucios que despedían un agudo olor de excremento y aún de gato. Sin barandilla, la parte opuesta al muro exterior se hallaba vacía en corte vertical, expuesta así a los accidentes graves. De noche se subía tanteando siempre la pared ennegrecida por el tacto humano, rayada y pintada groseramente por los muchachos e ilustrada de corazones atravezados por las flechas amorosas de Cupido.

Las paredes de la derecha de estos vetustos edificios estaban sujetas por grandes puntales de madera, calados en el suelo, y sosteniendo la casa por la faja y el alero.

Jeanne Marie Tugal vivía afortunadamente en el primer piso. Se entraba a su casa por un pasillo tenebroso, húmedo y maloliente. El interior de su vivienda era un laberinto de trastos y suciedades, estantería atiborrada de trastos heterogéneos. Las paredes muy cargadas de colgaduras, retratos, estanterías y objetos anticuados. Un paraguas roto que no se atrevía a tirar porque fue regalo de un pariente lejano; cachibaches, cajas vacías de dulce de membrillo. Cretonas amarillentas, llenas de polvo, viveros de arañas por los rincones; latas de basura, recipientes de orines; todo esto, amontonado en dos habitaciones, las cuales sólo se distinguían por la cocina y el lecho. El desorden imperaba allí. La más completa confusión de toda una vida trastornada en un fárrago de objetos innumerables servibles o inservibles. Se confundían las cazuelas ahumadas, dos sartenes llenas de moho y óxido; vasos de moztaza, latas viejas, un libro de misa, un par de zapatos rotos, un rosario colgado, un juego incompleto de cartas, una cafetera y un corsé mugriento exhibiendo sus ballenas de acero.

Madame Tugal se rebelaba contra este atropello de trastos. Esta mescolanza le aturdía por momentos; quedaba de

pie, inmóvil; por donde quiera que dirigiese la vista había algo que recoger y mucho que arreglar. De su abulia, fue brotando el inexplicable laberinto que le aburría y atormentaba, como las brozas y matorrales silvestres que poco a poco se van enlazando en los arbustos y estorbando los caminos si no se les aplica el tajante podón. Así se le enmarañaban las malezas inusables de Jeannette Paillet, cercándola en su propia casa; disputándole los espacios, rincones y superficies planas; buscando un milagroso equilibrio entre las cosas incoherentes y forzando siempre una yuxtaposición imposible en planos desnivelados. Madame Tugal, allí en medio, sostenida a sus delgaduchas piernas, aturdida, buscaba en su extraviada memoria, en qué lugar estaría su monedero. Sin brújula, sin timón en el pensamiento, se veía naufragada en medio de su miserable albergue, sin su dinero, producto de faenas domésticas.

El gato medroso, observaba su mutismo, por si le caía sin ton ni son, un palo en los riñones.

—¿Dónde estaría el monedero? ¿Lo habría dejado en el mostrador del Percin?— ¿Y si lo hubiese perdido en las escaleras? Ah, en ese caso, fue la tía Guetteuse y la cursi de su hija: dos ladronas. Indecente familia de criticones y envidiosos! La otra vez robaron a la Rivet un pollo del horno, y esta vez le hurtaron a ella el monedero con 1.000 francos y los tickets de autobús. La Tía Guetteuse o la Loque, le robaron los dineros.

Así llamaba ella a todas, por el mote Guetteuse; puede traducirse en español por Atalaya, porque siempre estaba atenta desde su balcón, de lo que ocurría en el patio; su nombre verdadero era Mme. Lamusse. La Loque, en castellano, diríase la Pingajo. Mme. Tugal le puso este mote porque consideraba que no era limpia de aseo personal, ni ordenada en su casa. Estas vecinas y vecinos eran puntillosos por razones fútiles; se reprochaban el ruido unos a otros, se calculaban, se insultaban: esto, porque ponía la radio a viva y desagradable voz, desde las siete de la mañana. La Loque (madame Paulette) lo dejaba en estridencia hasta las once de la noche. Así de este fastidioso mundo nacía la antipatía mutua como fatal condición del hombre enemigo del hombre. Con este turbulento vecindario vivió luengos años Jeanne Marie Tugal, la más perfecta de todas y la más amable y piadosa (a su propio juicio). No mentía

al considerarse piadosa, ya que en la cabecera de la cama colgaba un gran crucifijo, sujeto a la sucia pared por exagerado clavo de cuatro pulgadas.

A cinco palmos del mártir del Gólgota, pendía también un marco con el cristal tan lleno de polvo y excrementos de moscas, que era necesario mirar atentamente para ver a través, el rostro de S. Santidad Pío XII. Madame Tugal cuando se dirigía al Sumo pontífice era en términos humildes y piadosos: "él, ¡oh él!". Su lazarillo del alma, ¿no podría guiar a su sierva hacia el monedero? Ni en la colchoneta reventada sin sábanas, siempre revuelta como inmunda yacija; ni entre las botellas vacías y frascos de farmacia: el monedero lo encontró cuando tuvo necesidad de servirse del orinal; debajo la indispensable vasija estaba.

Unos minutos después acudió a la cita del pernod, bebida extremadamente alcohólica que sucedió al absinthe, devastadora de espíritus, vidas y hogares: (ajenjo). El pernod le era tan indispensable a madame Tugal, que a pesar de su precio elevado, solía beberse cuatro o cinco por día; representando para su escaso pecunio dos horas de barrer casas ajenas. No se dirá nada de los dos litros de vino diarios para comer, ni el digestivo que se bebía después de cada comida para macerar sus escasos alimentos; nada se dirá tampoco del ron de cada mañana: tres o cuatro copas, en establecimientos distintos para recalentarse en invierno y despavilarse en verano; sólo se precisará, que sus actividades estaban marcadas como las horas del reloj: hora del ron, hora de esto, hora de aquello, pasando así del monedero al mostrador, lo poco que ganaba. El resto de cierta pensión. . . . y lo que en resumen le quedaba, iba a parar a los mostradores de bebidas. En el café Percín acudían siempre a la misma hora sus mejores amigos en donde hablaba a sus anchas, gritaba con petulante plática bulliciosa y turbulenta que siempre terminaba en amistades disueltas, para unirse al día siguiente, inspiradas por la precisa e indisoluble amistad consuetudinaria. En aquel establecimiento se administraban sobrenombres a los asiduos clientes, relacionados con sus fachas y jactancias; en horas de algazara se apodaban por sus defectos físicos y morales, pero este apodo les quedó hasta el fin de sus días. Madame Costaud: mujer muy ancha de pecho, abultado como vejigas hinchadas. Locuaz, de verborrea mordaz, articulada con gestos

agresivos; (siempre hablaba contra alguien), politiquera y partidaria de Stalin, de la violencia y toda clase de dictaduras, comenzó por imponerse a su marido chaparro y tímido, y a sus escualidos hijos e hijas. Era carirredonda y rubia, con algunos mostachos. Mujer de puño y bravatas; le pusieron el mote de la Fier-á-brás, que se entiende en español por la Matona. Hablaba (por no decir chillaba) en argot: jerga parisina generalizada en los bajos fondos. Cuando llevaba más vasos de la cuenta, clababa a los cuatro vientos su personalidad y nadie osaba contrariarla. Percín era un astuto vinatero; viejo zorro, engañó y se enriqueció con soldados alemanes y después con americanos. Sabía poner agua al vino; llenar botellas de las barricas; taparlas y pegarles etiquetas a su capricho: "Como vino de marca". Cuando veía nublarse los ojos de sus clientes, aprovechaba el matute de sus manejos con refinada sutilidad.

La Crapaud era otro amigo de Madame Tugal: Mr. Netonniere. Pequeño, tripudo y cara de batracio, mentía como hablaba y la bebida le hacía también fanfarrón y grosero de palabras. Cuántas veces no mencionó la guerra de Siria y sus ataques en la bayoneta?— Alguien en el café le interrumpió: "A la baionnette ou á la fourchette?" (bayoneta o tenedor?) —"Cómo no?"— respondió Mr. Betonnière, alias el Sapo. Yo he hecho la campaña de Oriente; más de veinte ataques a la granada y a la bayoneta calada". Se ponía en medio del café, tomaba espacio con ademanes guerreros y lo demostraba con exagerados aspavientos para persuadir con movimientos lo que no podía con palabras.

La tía Pandorga, Madame Bouboule; mujer de grandes proporciones escultóricas a lo barroco; reía con exageración mientras su marido, mensajero del partido comunista local, se jujaba la bebida al dómino con otros tres "duras" de rostros patibularios. Era aquella asamblea de beodos que frecuentaba Mme Tugal, pero aquel día de Marzo del año 1956, se le nubló el cielo, un choque terrible le azotó el rostro; una afrenta?, más que eso; Mr. Percín le negaba la bebida; en efecto, hacía poco tiempo que le dieron el alta en el hospital de St-Cloud por una grave hemorragia de la nariz, y los médicos le habían proscrito toda clase de bebidas alcohólicas.

Mme. Percín, a pesar de ser mujer sin escrúpulos para el comercio, con cara de arpía, le propuso bebidas de arro-

pe a la Granadina, a la naranjada o limonada, y jugos de fruto, de ananás, de toronja, o naranja. Mme. Tugal sorprendida, la miró de hito en hito. Al cabo de un rato exclamó encolerizada: "No te ríes de mí? Yo, Jeanne Marie Tugal, beber jugos ni jarabes? Dame un Saint Raphaël o un pastis, si no quieres darme pernod".

—Pero Jeannette, sabes que el me...

—Que médico ni que disparates dice— exclamó la Matona, llenando con su vozarrona el espacio del establecimiento. Ella paga, pues dale lo que te pide.

La Pandorga carirredonda y fofa, también protestó, pero el Crapaud no creyó oportuno que se le vendiese alcohol a la Tugal. Así durante una hora unos a otros se increpaban, se disputaban la voluntad de la convaleciente; hablaron lo que tenían que callar y callaron lo que tenían que decir. El marido de la Pandorga, el Cocó, se permitió apabullar a Mr. Betonnière, sacudiéndolo por las solapas. Ambos eran enemigos encarnizados por asuntos políticos. El Cocó era partidario de Moscú y su adversario, gritaba en momentos de furia, que era francés y amigo de la libertad. Entretanto los solapados propietarios del café, llenaban copas, y solían cobrar copas y vasos imaginarios.

Aquel día, La Jeannette, no bebió ni jugos de frutas, ni jarabes, ni otras bebidas similares que no hubieran pasado por el lagar o el alambique.

Al anochecer madame Tugal llegó con la pesada mona a cuestras. Sola, completamente y abandonada de sus colegas, tenía que rendir cuentas al viento aquilón de Marzo que la impelía de una acera a la otra. Trataba de controlar su imposible equilibrio. La luna incompleta se despejaba entre nubes veloces. Las estrellas limpiaban con algodón sus ignescentes cristales y Jeannette detenida en bamboleo, como barca sin remos, trataba en vano de orientarse, venteando su domicilio. La calle obscura se le movía de babor a estribor; había que dominarla para sí, en lento vaivén. Llevaba el compás de las náuceas, eructos y carrasqueos, conteniéndose la efervescencia que operaba en su cuerpo el revuelto de tanto vino y licor. Para disimular su embriaguez, la Luna del insomnio trazaba baños diurnos en mitad de las calles y los patios, con ángulos de tinieblas en los rincones y las esquinas. ¡Ay, cuántos ojos debían de mirarle! Pensaba Mme. Tugal. Las puercas que no se crean que estoy borra-

cha.— Hizo un viraje hacia la derecha, y quedó como por arte de magia, pegada a la pared; náufrago, agarrado a la escarpada ensenada. Fue su salvación: se cercioró de los vetustos muros recargados de letras y dibujos, esgrafiados por los niños. No se apartó más de la pared y así pudo llegar hasta el patio cortado al bies por los rayos de la indiscreta luna; pero no recordó una quija de puertas cocheras que hubo en otros tiempos y dio allí tan impensado tropezón, que cayó de bruces como muerta. Eran las doce en punto de la noche. El ruido que produjo Mme. Tugal al caer no fue apercebido por nadie. —“Si me oyen, creerán que son los gatos. No quiero que sepan que bebo otra vez, ea, ahora verán!”— Y para mejor disimular, anduvo de rodillas hasta la obscuridad cerca de los cubos de basura imitando tan perfectamente los maullidos, que todos los vecinos quedaron convencidos que el ruido estrepitoso venía de Madame Tugal y no de los gatos. Esta seguía maullando: Miau, miau, y detrás de las persianas ribeteadas de luz eléctrica, se veían los ojos curiosos que la miraban. Poco a poco se fue levantando; quedó quieta un momento, para distinguir bien los cuatro puntos cardinales. Entonces se dirigió hacia los dos puntales que sujetaban la vieja pared; primero, balanceándose como un badajo, ora avanzando, ora retrocediendo.— “Que no digan que estoy borracha, ni la Tía Atalaya, ni la inútil de su hija, ni el percebe de su marido”. Así hablaba, cada vez más fuerte. Vio las escaleras de piedra; ya sea para subirlas más de prisa o porque una fuerza oculta la empujó, fue a ellas directamente como para embestirlas, dando un fuerte topetazo en el puntal. El golpe sonó a calabaza seca, quedándola completamente atolondrada; dio algunas vueltas sobre su desequilibrado eje, pero no perdió el reflejo; tomó la pared como lazarillo. Subió tanteando las escaleras, descubrió su puerta, sacó la llave, pero no pudo dar con la cerradura. Allí hubiese pasado la noche arrinconada a la puerta si una alma compasiva no le hubiese abierto y acostado en su revuelta cama.



II

En aquel barrio era difícil para las ratas, animadas con extraordinaria inteligencia, demostrarse mucho al ex-

terior. Los gatos por mayoría dominaban, pero se dedicaban con más vehemencia a los embrujos noctámbulos de su especie, que a la caza de los incómodos roedores. La Paillet era enemiga de los gatos. Les tenía tanta antipatía, que se pasaba casi las noches sin dormir, lanzándoles jarros de agua u objetos diversos. Quizás tuviera razón. Estos animales, sucios y escandalosos en sus rondas de amor, no sabían nada de molestias y obedeciendo a su felino instinto, lanzaban a la luna sus tiernas romanzas unisílabas. Al rededor de la "belle", cantaban cuatro o cinco pretendientes, que cuando el amor les encendía el deseo, terminaban en explosiones de resoplidos, arañazos, mordiscos y ayes; mientras la hembra contemplaba con placer el ovillo herizado de su pretendiente. La Paillet se asomaba entonces al balcón como un fantasma con gafas, y cuando no podía alcanzarles con lo que tuviese a mano, bajaba con un mango de escoba y se pasaba una buena parte de la noche persiguiendo a los endemoniados gatos.

Fue en una de esas salidas, hacia el mes de Abril después de Pascuas, que le sucedió una curiosa anécdota: Estaba ya confesada y cuarenada de pecados mediante acto de contrición. La penitencia que le puso el confesor fue tan severa como la del hospital de St-Cloud. No frecuentar malas compañías y no beber más. Cada vez que el cuerpo o la sangre le pidiese un vaso de vino u otra bebida alcohólica, satisfacer el deseo con un paternoster, para servir a Dios y no al tabernero.

El confesor debió quedar horrorizado de todo el arsenal de pecados y tentaciones cometidos por tan endeble mujer. "El demonio dirige las transgresiones de la ley divina" le dijo el que la confesó. Madame Tugal (según contó en el café) no comprendía nada de transgresiones y con voz imperceptible preguntó ingenua al sacerdote. —"¿Quién puede ser ese demonio, señor cura?", y éste, con un dejo profesional, le respondió:— "El demonio es una rata que frecuenta los lugares más inmundos; penetra en la mente y se instala en el alma de las personas para corromperlas".

Unas semanas después, la perjura que juró rezar y no beber, le dio otra vez por beber y no rezar. Bebía más que nunca y de noche hasta la madrugada, perseguía a los gatos para expulsarles de su calle y que la dejaran dormir. Al volver a su domicilio, a la entrada del patio, oyó un ruido

como de papel que se rompe a intervalos sucesivos. Se inclinó a uno de los cubos de basura de dicha entrada, viendo estupefacta que no era gato lo que allí había, sino rata; una rata con su morrillo punteagudo de bigote, rabo horizontal, ojos redondos, penetrantes como dos abalorios negros, pelaje gris y una cola larga áspera y puntiaguda como lima redonda: una rata. Se la miró bien, y el animal lejos de huir, miraba a su protectora como agradecida de que expulsara a los gatos del barrio. Madame Tugal entonces subió a su casa pensativa, conjeturando si la impávida rata no sería el demonio o su mimidium ánima.— No le dijo el cura aquello del alma, la rata y el demonio? No le faltó tiempo de contarle en el café Percín. Lo contaba a todos y a todos les suplicaba que guardaren el secreto. El secreto no se guardó, sucediéndole el inevitable sobrenombre de Rata, por ser enemiga de gatos y gris por su pelo entrecano. La Rata Gris quedó hasta que ninguna generación de la comuna se acuerde más de ella.

Este mote la exasperó para siempre; el demonio se le introdujo en su mala entraña, y con sorprendente habilidad destrozaba todo lo que perteneciese al uso común de los vecinos. Desmontó el grifo y estropeó la cañería de plomo. Cada noche traía una piedra bajo sus faldas sujetas con la mano izquierda y la tiraba a las dos de la mañana al retrate hasta quedarlo completamente embozado. Ah, pero la malvada educada en la extremada cortesía del país, era amable, sonriente y sabía muy bien guarecer sus fechorías con sus sonrisas casi sinceras, exclamándose más que los otros de lo que ocurría.— Hay fantasmas? Hay duendes?

Madame Tugal decía que le decían... que debía ser obra de extranjeros. Una familia polonesa; el italiano del otro patio, o el español casado con la armeniana; los indochinos de la callejuela de en frente o los argelinos del café marroquí.

La calumnia es más fuerte que la pólvora; es el arma del poderoso y del cobarde; arma de eliminación moral, produce más efecto que la bomba atómica. Hay ciudades devastadas que renacen, pero una reputación caída por la calumnia es difícil de levantar. Una ola de xenofobia pasó por aquel barrio. Aquellos extranjeros eran honrados, moderados en el beber, sanos de cuerpo, queridos de las personas que les conocían en el trabajo y en sus actividades, pero des-

de que Mme. Tugal comenzó a soltar las bolas diáfanas de la calumnia, ningún francés de la calle les dirigió más la palabra; se les miraba al soslayo, o de frente con mirada de reproche como a peligrosos malhechores.

Madame Tugal frecuentaba poco el café, por temor a que el vino y el licor la traicionasen. En su casa tenía toda clase de bebidas, pero no sabía poner medida. Comenzó a beber copitas de ron, después era por vasos que lo bebía. Este licor le encendía la sangre, trayéndole la agresión verbal a punta de lengua y gestos forzados. Ponía la radio todo lo fuerte que podía hasta las doce de la noche; los otros vecinos, se vengaban poniendo las suyas respectivas de seis a siete de la mañana, resultando que en aquel alborotado lugar, no había paz ni descanso.

—El mal que todos le habían hecho tenían que pagarlo caro: tales eran sus razones. En efecto, allá por el año 1954, tuvo una hemorragia grave, perdió más de la mitad de sangre. En el hospital de Versailles, mediante transfusiones pudieron reanimarla, pero todo lo complicó una pulmonía doble, inflamación del hígado y un corte de cuchillo que se le infectó. No se sabía si iba a morir de gangrena, de pulmonía, de enfermedad hepática o de hemorragia nasal. Sólo se sabía que iba a morir de una u otra enfermedad y algún ladino acudió sin demora a la propietaria del inmueble, anuncióle la muerte de Jeanne Marie Tugal y solicitó su piso. Pero la pecadora tenía buenas auto defensas en su organismo. Curó, se restableció de todos sus males y vino al inmueble, más fuerte todavía. Nadie supo quién había pedido a la propietaria su vivienda, pero juró que tenía que enterarse por todos los medios.

Esta reprochaba a los vecinos cuando le hacía hablar el ron; recordaba el pasado como arma del presente para justificarse ante los demás como víctima y disculpar sus graves faltas.

Aquella noche tramó una estratagema: hacer romper las narices a la tía Atalaya, que era la primera en bajar las escaleras, para barrer y limpiar el despacho de una agencia. Una hora de trabajo, que a su parecer le pertenecía a ella, porque conocía al director. . . porque trabajaba un sobrino de una amiga suya y porque, porque. . . así, pensó, "le pongo un adoquín en las escaleras, que ella no verá, se quebrará al caer una pata, y entonces iré yo a reemplazar-

la". Después romperé otra vez las cañerías, agujearé baldes y cubos que hayan en el patio y lanzaré con sigilo la bola invisible contra esos cochinos de "macarronis" que vienen a comer nuestro pan en Francia.

A las dos de la mañana puso en práctica su infame ardid. Contó doce escalones a oscuras y colocó el adoquín en el duodécimo; subió rápida a su casa en busca del clavo y el martillo que le permitiera agujerear el tubo de la cañería y llenar de agujeros todo recipiente de zinc que allí encontrase. En las tinieblas, sin más guía que su costumbre de andar a tientas, fue hacia la mesa; palpó la botella de ron; se llenó un vaso, tomando por medida el sonido del líquido al caer en el recipiente, y de un trago se engulló veinte centilitros de ron: cantidad capaz de embriagar un hombre. Relamióse con diabólica sonrisa y fue en busca del clavo y el martillo en medio de la oscuridad; (cuestión de táctica) ya lo tenía preparado. Agarró bien la herramienta por el mango, metió el clavo en el bolsillo del delantal y se precipitó a las escaleras para ejecutar lo que su malvado pensamiento le dictaba. Bajó las escaleras con precaución y ligereza y al llegar al escalón doce, dio tan violento tropezón con el adoquín, que había puesto, que cayó rodando como un ovillo hasta la parte exterior que no había pasado. El cuerpo vaciló entre el descansillo y el vacío, pero la ley de gravedad se la llevó al patio donde cayó pesadamente. Ya al alba fue cuando la encontraron entre los puntales en un charco de sangre. Llegó la ambulancia municipal, y al cabo de muchos cuidados para meterla, dentro, se la llevó a Versalles, con la cabeza y tres costillas rotas, el brazo derecho dislocado, y la dentadura postiza partida en nueve trozos irreparables.

III

El patio quedó sin la Tugal. Los convecinos hubiesen podido tener la vida más sosegada, por el silencio de las radiofonías, por la calma que hubiera seguido la ausencia de aquella; pero la ponzoña estaba metida entre los moradores de aquellos lugares; personas de baja índole. Aquel barrio era un emporio de borrachos, pendencieros, jugado-

res y chismosos. Así, tres días después que la Ambulancia Municipal se llevara a la desgraciada y digna de compasión, Mme. Tugal, marchóse la vituperada familia de polacos, Monsieur y Madame Fredo Chapowalenco y sus dos hijos de 3 y 5 años, Geneviève y Alfred, cuyas habitaciones fueron ocupadas por Mr. Paul Geoffray y Mme. Christiane Geoffray. El, un hombre pequeño, tímido, irresoluto, de conversación, como si su cerebro estuviese vacío de ideas, con un semblante siempre espantado. Llevaba lentes y miraba a las personas como un jesuita muy listo o un elector muy torpe. Sea cual fuere su semblante, Mr. Geoffray, era parco de palabras, pero su cónyuge hablaba hasta por los codos. Se peinaba con aceite de olivo, llevaba cola de caballo en la nuca como las niñas de St-Germain-des-Prés y Bd. St-Michel con la diferencia que las estudiantes de la Sorbonne y los Liceos eran muchachas de menos de veinte años y la Goffray había cumplido los cuarenta. De ojos aguosos y mirar sin expresión, cara con un poco de barba y bigote afeitado cada tres días, tenía aire de macharra; de mujer fracasada maternalmente y por su nariz rojiza y labios secos y arrugados se descubría en ella una alcohólica desintoxicada. En los pocos días que exhibió su personalidad, se dio a conocer; se decía mujer de la sociedad. Excampó su reputación de cantatriz imitadora de estrellas en algunas "boîtes de nuit" del inmortal y luminoso París, pero para cantar tenía que recaentarse bebiendo; prima madona del bonum vinum pedía para cantar el vino de Château Gruand Larose 1954, St-Julien A. C. (appellation contrólée); vinos bourgognes, beaujolais o de Alsacia; no bebía vino vulgar no más que al comer; el resto, para actuar y templar su voz, tenía en la memoria un catálogo de marcas. El primer día que cantó chez Fercín, los clientes la contemplaban con admiración y aturdimiento, admirando su trém-olo en sí bemol, sobre canciones de la "bella época", "Es mi hombre" de la Mistinguett, o la horrible "Belle de Cádiz" de Luis Mariano, que ella terminaba de estropear. Cantaba la última de Line Renaud o imitaba la ya desagradable voz de Germaine Montero. Cuando la Matona, El Sapo, La Pandorga, y otros la escucharon, no se escapó del mote, rápido y espontáneo salido del velocísimo diafragma de la crítica popular. Desde su primer gala, perdió el nombre y el apellido para llamarse "La Chèvre" (La Cabra), por creer los parroquianos que en vez de cantar, balaba. Sin embargo, madame Chris-

tiane Geoffray estaba tan convencida de que cantaba bien, que todos los días por la mañana, al mediodía, por la tarde y por la noche, se oía su voz desafinada en si, en re o en falsete, pero siempre el monótono trémolo, que ella consideraba su hermoso estilo personal, y en realidad era la patente del mote que a fortiori le habían impuesto.

Tenía esta mujer cuarentona, grandes cualidades: el tener siempre su sonrisa a punto, con gestos y ademanes elegantes, trágico-cómicos, de teatro. Sabía fingir en la ya agreste farsa de la vida. Se le veía en su porte una dama honesta y hacendosa. Sabía mentir con tanta naturaleza, que era muy difícil saber de ella una verdad. Detestaba a los niños, y fingía amarlos, odiaba a los extranjeros del patio, y les daba a entender su aprecio; decía amar a su marido y era una "respetuosa" gratuita.

Los clientes de la misma hora, le esperaban en el café donde entablaban casi siempre las mismas monsergas. Allí canturreaba madame Geoffray; fumaba y mascaba tabaco como marino bretón, bailaba con movimientos cadenciosos de pechos abultados y caderas de justillo apretado. Danzaba una especie de zarabanda en medio de una algazara de oles y palmas del entusiasmo frenético de sus corifeos. No resultaba la misma impresión para los de las casas colindantes que si no dormían con Mme. Tugal, menos dormían aún con la nueva vecina.

El Viernes 13 de Julio de 1956, víspera de la Fiesta Nacional de Francia, a las 10 en punto de la mañana, un taxi se detuvo frente al patio, rozando el borde de la acera con los neumáticos. Las comadres del pasaje miraban desde sus balcones, ventanas y zaguanes. La portezuela del coche se abrió, saliendo un hombre de mediana edad y estatura, con un cenacho grande lleno de trastos y una maleta de cartón atada con cuerdas y correas. Dejó su embarazoso equipaje al suelo para ocuparse seguidamente de su acompañante de viaje. Era el hombre, de cara rústica y mirada torva; entrecejo arrugado, cejas espesas y canosas, nariz de patata arremanga, barba saliente y labios gordos caídos. Debía tener unos setenta años, por su pelo casi blanco, pero se veía todavía forzudo, con manos gordas y muñecas anchas de leñador. Llevaba boina y traje de fiesta mal portado como de chalán palurdo. Enseguida tomó de la mano al segundo personaje y los mirones quedaron pasmados cuando

apareció el pimpollo del interior del vehículo, contorneándose como una coqueta adolescente. —“Ah, par exemple!” exclamaron algunas comadres envidiosas— era ella, Jeanne Marie Tugal, la Jeannette Paillet, alias la Rata Gris! Traía holgada chaqueta de terciopelo pelado, como pelambre de perro viejo; falda de percal con impresos claveles; collar y pendientes de “Prisunic”, y zapatos de saldo. Porte que le sacó de quicio. Miraba hacia las ventanas y zaguanes y no quiso saludar a nadie por considerar que se había elevado a otra jerarquía social, y que se había despojado de sus vestimentas ramplonas para ir de abajo arriba y no de arriba abajo.

Grande fue la admiración aquel día de verla llegar con un hombre que descubrió en el hospital de Versailles. Un obrero con trabajo fijo, algunos dineros y una pensión. Lo subió a su casa, pero este quedó sorprendido del inextricable desorden que reinaba allí: donde el polvo, las bolitas negras de ratas y la profusión de grandes telarañas, vino a completar más el desolado aspecto de abandono y miserable deserción del orden y la limpieza. Aquel hombre tenía una historia en coligación a la de Francia como ex-combatiente de la guerra de 1914-18. Fue un desafortunado de la suerte y náufrago del alcoholismo. Desintoxicado y rescatado por la moderación, pero aquellos excrementos de ratas le dieron una fría impresión; tenía eufobia por las ratas desde que fue soldado en Verdún, a las órdenes del General Philippe Pétain. En ausencia de la Tugal, las ratas albergaron en la casa, royendo todo, hasta el poco de jabón que había. Miró de un tono severo el cuadro completamente cubierto por el polvo y el crucifijo, donde las arañas le habían tejido un romboide alrededor.

Al día siguiente no pudieron bailar en la Alcaldía, como es costumbre en todos los aniversarios de la toma de la Bastilla. Estaban los bailes gratuitos suspendidos en toda Francia, cuyo importe se destinaría a los soldados franceses combatientes en Argelia. No salieron los dos viejos enamorados juntos; sólo Mme. Tugal hizo los recados necesarios, comprando además dos botellas de vino espumoso, para celebrar sus libres himeneos.

Monsieur Rigobert Leboeuf, quedóse en su nueva morada; contento de encontrar por fin un cobijo contra la lluvia y el viento. Probó de ordenar la casa; arreglar, reparar

y limpiar el polvo. Cuando pasó el trapo por el cristal del cuadro de Su Santidad Pío XII, quedó mirándolo de hito en hito. Después con rápida solución, lo descolgó de la pared, dejando al descubierto un agujero de tubería de estufa, que fue de una antigua chimenea. Tapóla con un cartón cuadri-látero y enseguida, todo resuelto, sacó de su maleta un cuadro grande de Stalin en un marco sin cristal y lo clavó allí; en lugar del Sumo Pontífice, poniendo a éste en un rincón insignificante.

Cuando llegó madame Tugal, vio el cambio del cuadro y preguntó cándidamente: —“¿Quién es?”

—Stalin. . .

—Stalin? no lo conozco. Es un familiar tuyo? . . .

—Lo traigo siempre conmigo porque fue el mejor hombre de la Tierra.

—El mejor hombre de la Tierra, es el Papa. . . — respondió secamente la Tugal.

Entonces una discusión se entabló entre Mme. Tugal y su amigo. — Es ella quien manda allí, le aseveró. — Vinieron los primeros reproches de la hospitalidad sin condiciones y Monsieur Leboeuf, ya quiso meter sus ropas en la maleta, y marcharse, pero ésta le retuvo y éste se quedó, a condiciones de no permitir observaciones de nadie. Sus condiciones no fueron aceptadas por Mme. Tugal, aquello le pareció una dictadura. Comprendió que no se encontraba en su casa, que aquel hombre no la siguió por amor, sino por extirparle el piso y ponerle a ella en libertad vigilada. Ya no podía beber a voluntad, sin ron, ni coñac ni pernod. En lugar del rostro familiar y piadoso del Papa, le impuso aquella especie de “general”. En lugar de la nariz afilada de Su Santidad, la narigota y los bigotazos caídos de Stalin para vigilarla y ordenarla con la terrible férula de su dictadura pasada.

—No acepto este cuadro! — gritaba la Tugal.

—Por él perdí el trabajo y arruiné a mi familia — replicó Mr. Leboeuf — no me admitían en las empresas; armé barullo y lo perdí todo, incluso daría mi vida. . . y la Francia entera por él.

Entonces muy a pesar suyo aceptó Mme. Tugal, pero a condición de que la dejáse beber un litro de vino por día.

Mr. Rigobert por tanto había jurado en el hospital no beber más vino, después de la operación sufrida, de úlcera

duodenal... Pero... por no perder el hogar que le ofreció aquella buena mujer, bebería de nuevo, con moderación. Madame Tugal, por su parte, para que la dejaran beber a voluntad, hubiera consentido poner a sus paredes el retrato del mismísimo Satanás.

Si en Versailles la Tugal dio a su futuro consorte muchas referencias de los moradores de alrededor de su casa y de todos los que más cerca de ella vivían en incómodos vecinos, éste al principio se mostró hostil con los Percín, Mr. y Mme Lemusse, los Costaud, etcétera; pero el hombre no podía permanecer mucho tiempo insociable y la amistad con los bebedores fue viniendo lentamente. En el café de Percín como recompensa a sus pláticas absolutas de hombre cabal, le bautizaron por segunda vez, llamándole Patate.

En aquella localidad encontró un ambiente que le era familiar. Estaba a pocos kms. de París donde trabajaba en los Halles. Descubrió los talentos de Mme. Chistiane Geoffray (la cabra) y él exhibió los suyos de trompetero en la fanfarra local. No faltaba más que una trompeta, tocada con buenos pulmones como los de Rigobert Leboeuf; el metal suyo vibraba en particular los Sábados y Domingos; los demás días sonaba también, pero en horas inesperadas, haciendo estremecer el corazón. Mme. Geoffray cantaba con euforia y buena fe. Estos espíritus se fueron acercando cada vez más, hasta llegar a una intimidad donde el secreto no existía entre ellos, salvo cuando se separaban (porque siempre hay paja en el ojo ajeno). Leboeuf por su parte si intentó abstenerse de la bebida alcohólica, en aquellos meses de felicidad, bebía más que antes de la desintoxicación. Si en el techo hallado había una borracha, el vicio pudo más que la moderación y en lugar de ser él que salvara el alma cristiana de Mme. Tugal, fue ésta la que le perdió a él. Cuando comían con la ventana abierta, para que los de enfrente les oyeran, parecían hacer teatro; se besuqueaban, se decían palabras almibaradas y todo terminaba, en almibaradas, riñas y gritos de reproche.

De noche los vecinos se despertaban sobresaltados, cuando llegaban borrachos, escanderos e insolentes los Geoffray, Mr. et Mme. Betonniere, la Jeannette, Mr. Leboeuf y el Coco, marido de la Pandorga. Lanzaban diatribas inconscientes a los Albenoni, franceses descendientes de padres italianos, pero el apellido italiano no se lo podían quitar y

para los autóctonos gavachos eran extranjeros de origen italiano.

Aquellas semanas de orgía eran el paraíso de madame Tugal y la conquista del domicilio de Monsieur que educado en la malicia y todos los pícaros artificios de la vida, cuando su compañera estaba en ebrioso enajenamiento de la bebida entre el postre y los vasos, le puso una vez este taimado paralizmo:

Quién trabaja aquí?

Quién te cuida cuando estás enferma?

—Tú, siempre tú.

—Yo, pero son los Seguros Sociales que pagan a Mr. Leboeuf y no a Mme. Tugal.

Qué quieres decir con eso?

—Que necesito una procuración firmada por ti.

Sacó un papel del bolsillo y leyó:

"Je soussignée, Mme. Jeanne Marie Tugal, née Paillet, veuve, et actuellement vivant maritalement avec Mr. Leboeuf. . ."— El ladino siguió leyéndole aquel arrugado papel cuidadosamente escrito con los detalles bien subrayados, a fin de pasarle a sus Seguros Sociales, y otras cuestiones leídas vagamente entre líneas que ella comprendió entre eructos y bochornosos pensamientos y no hizo ninguna oposición a lo que allí había escrito:—"Muy bien", balbuceó ella— dame una pluma que te firme esto. Lo difícil fue para encontrar una pluma, pero él la hubiese encontrado aún escondida en el Tártaro.

Cuando Mme. Tugal firmó, Leboeuf abrió desbesuradamente los ojos de satisfacción. Aquel día no vino a cenar por cansancio de haber trajinado tanto para arreglar los papeles, no de los Seguros Sociales, sino de la casa de su cónyuge, cuyo alquiler pagaría a nombre de Rigobert Leboeuf.

Cuando en el mes de Octubre vino el gerente a cobrar el último trimestre del año, Mme. Tugal se vio engañada y vencida; ningún decreto ni ley podía devolverle el piso en que vivió tantos años y por su condición de mujer alcohólica, nadie daba crédito a sus palabras; entonces tomó aversión por el intruso, que le puso el retrato de Stalin y con ínfulas de protector por su trabajo asiduo, se le metió en su casa y se le declaró dueño legítimo de todos sus bienes y trapos de vestir y tapar. Las palabras de cariño se trocaron

en recíprocas incriminaciones, la increpación y las maldiciones de Mme. Tugal. Para ella, él era Patate y él la llamaba la Rata Gris.

Cada día era la misma cantinela; en la mesa al comer, al cenar, en el lecho, siempre zahiriéndose con punzantes censuras.

—Maldita seas tú, Rata Gris!— le injurió una vez en Noviembre, porque ella le amenazó de quitar el retrato de Stalin.

—Ese vale más que tú. Por él daría mi vida y la Francia entera— gritó con furioso fanatismo.

Por aquellos días los tanques del ejército soviético estaban aplastando a sangre y fuego la heroica Revolución del pueblo húngaro. Miles de muertos, entre obreros, mujeres, niños, ancianos. El desgraciado pueblo magiar se veía asesinado y calumniado por los bárbaros representantes del socialismo autoritario. Mme. Tugal debió haberle hecho una invectiva sobre lo que escuchaba por la T. S. F., pero el energúmeno que no tenía por razón más que lo que leía, en el periódico del partido, alargó el puño por entre vasos y botellas dándole un fuerte puñetazo en el ojo izquierdo.

—Maldito seas!— exclamó ella cubriéndose el dolor del golpe con la palma de la mano.

—Maldita tú, Rata Gris, fascista, capitalista!

Ella no comprendía aquella palabra que tanto repetían los hombres del partido.

—Rata tú— exclamó encolerizada. Ojalá fuera rata para morderte el corazón. El día que me muera seré rata, vendré por ahí— gritó señalando el cuadro que ella odiaba. Le atravesaré el corazón y cuando duermas te morderé el tuyo.

•

IV

El mes de diciembre trajo a Mme. Tugal el despecho y la cólera contra la juventud. Odiaba profundamente a los niños que se cruzaban a su paso. Celosa del optimismo y la lozanía de los otros, ahogaba su desesperación de encontrarse vieja, fea y con dolor continuo de estómago, detestando a las muchachas de veinte años, escupiendo el suelo cada

vez que pasaban por su vista con casamientos. Cada imagen agradable para los otros era para ella como un choque psíquico instintivo que le roía el corazón. Tenía aversión hasta por su propia sombra. Se sentía burlada y detestada de los otros, creía que le aborrecían también a ella, y este espíritu de persecución le hacía ser más astuta en su doblez. Fingía la risa, que ella calificaba de virtud, llevando a veces tan al exterior su gazmoñería que le resultaba ridículo. Detestaba a Mme. Geoffray (la Cabra), porque cantaba fuerte todos los días, casi a todas las horas. En verdad, era una voz desagradablemente chillona entrelazada de risas sarcásticas como una loca histérica, pero, caso extraño, se unían en las horas del aperitivo, empero la llamaba hermana, se abrazaban completamente ebrias, y al día siguiente se miraban con frialdad de hielo, sin entusiasmo ni afectación alguna.

Mme. Tugal no deseaba más que convertirse en rata. En su estado de inconsciente borrachera, tenía incluso momentos de zoantropía, y se decía morder el corazón del impostor de su casa. Bebía por execración, que la euforia del vino le disimulaba, y al día siguiente, cuando su hombre estaba en el trabajo, se trincaba furtivamente el ron de botellas ocultas, y auscultaba puertas y ventanas cuando oía hablar a alguien, por si se escaparan palabras contra ella. Fue así, que supo, que los vecinos la apodaban La Rata Gris, y furiosa se ponía a veces de hinojos ante el crucifijo y adjuraba con piadosa instancia que le convirtiese en rata al morir. La lluvia fría de diciembre. Las perlas escarchadas al amanecer. Perlas de anís en el invierno de la Tugal como retamas de cuervo en el árbol de la juventud. La rata gris soñaba juventud, cuando su cabeza tornaba como girándula en rededor de una vida inútil, de las que pasan sin saber por qué, ni para qué en el mundo fueron.

Ay de nosotros los del etílico! Ya estaba de hinojos otra vez aquella mañana, no de pesar piadoso, sino porque se le terminó el litro de ron Negrita. —“Conviérteme en Rata, hijo de Dios vivo; tú, que hiciste no se cuántos panes de un canasto de peces. Que vea yo salir de ese corazón extranjero la rata que ha de roer el pecho del canalla que me quitó la casa”.— No hubo acabado la frase cuando detrás del execrado cuadro de Stalín, oía como ligero roer de dientes de rata. Jeannette Paillet quedóse mirando fijamente

de! lugar que provenían los rasguños de rata, y se apercibió que era de la parte del corazón. Un escalofrío le penetró por el cuerpo cuando detrás del cuadro se oía el roer de dientes y vagidos leves y estremecedores; era su alma que llamaba, como si barruntase su cercano fin. Era su alma que llegaba. No divagaba en delirium tremens; su fin se aproximaba en un fatal desenlace de metempsícosis.

El lunes por la noche las estrellas de vitrina llegaban al auge rutilante, en la tradicional Noche Buena, noche de luces deslumbradoras. Noche del comercio. De carantoñas hipócritas. De niños sin hogar y sin juguetes. Noche de luto y de frío en Budapest tenebroso, sin carbón ni cristales.

Los vecinos de Mme. Tugal no querían saber nada de Hungría. Hubo una subscripción nacional como en Europa y el mundo libre, pero estos vecinos escupían a tierra cuando les hablaban de Hungría asesinada y difamada. A madame Tugal, le dio por no dar, como a sus consuetudinarios. Prefirió aquella noche derrochar cinco mil francos por la cena de Navidad. Subieron a tomar parte, el Crapaux, la Tía Fier-à-bras, la Bouboule, la Cabra, con sus maridos respectivamente; Mr. y Mme. Betonnière, Mr. Costaud, el Coco, mejor dicho; Mr. Passe-Partout y Mr. Paul Geoffray. Inútil describir esta cena valorada a unos veinte mil francos; con unos entremeses de ostras, vinos de Alsacia; algunas mixturas y más vinos. . . y la continuación. No se dirá el tiempo que duró aquella cena comenzada ya por una batahola de gritos, cantos y brindis y terminada en tempestad de reproches contra los tacaños. Perorata y gritos de Mme. Geoffray, que se desgañitaba para hacerse oír "Ramona" y "La Belle de Cádiz". Monsieur Leboeuf quiso también exhibir su talento con la trompeta, actitud que puso furiosa a la Cabra y Madame Tugal la zahirió con humillantes palabras. Ambas ya bastante bebidas, se levantaron como dos gallos de pelea y se saldaron cuentas atrasadas. Con razón dice el refrán "el pan comido y la compañía deshecha"; ya que aquella noche hasta las tres de la madrugada estuviéronse todos contando algunas verdades al rostro y quedaron borrachos y enemistadas para todo el año. Antes de marchar, Mme. Geoffray devolvió la comida y la bebida.

Del 31 de Diciembre al Martes 10 de Enero de 1957, la disonante charanga de la localidad pasaba y repasaba por las calles, soplando marchas militares de las que espan-

tan a los perros y los pájaros; no dejan dormir a las personas, impregnando las calles con percusiones de tambor y ritmos cuartelarios de trompeta. Estas orquestas de mal gusto, en la vida civil llaman "fanfarres", en las comunas, y reemplazan aquellas agradables bandas de música municipales que daban armoniosos conciertos en el templete, interpretando las obras de los grandes maestros de música. Entonces la vida era menos exaltada y más agradable. La charanga es la caricatura del bullicio mundano. Aberración del entusiasmo de una minoría organizada, aplicando las marchas militares a solemnidades civiles o religiosas. No era ninguna banda regimental que celebraba la llegada de 1957, sino el hijo de la tía Atalaya con el sacabuche Mr. Leboeuf con su trompeta; vecinos de otros barrios que resoplaban trompas de caza, trompetas sin pistones, cajas claras, tambores, platillos y un clarín que fue de caballería. Entre los tales, se hallaba el último amor de Jeannette, que seguía el compás bizarro con sus pantalones y gorra blanca y viceversa de charol. Cuando sonaban las 12 campanadas, fin del turbulento 1956, la charanga local: ra ca ta plán! por aquí, ra ca ta plán! por allá.

En los cafés y tabernas, la misma murga y unos vasos más.

A las dos de la mañana: "racataplán" la misma marcha; a las tres, idem; a las cinco, "racataplán... racataplán"... borracheras aquí y borracheras allá. Un calendario iba al cubo de la de la basura y otro se ponía en el mismo clavo sin cambiar por eso la perversa condición del mundo de la rutina, desde el vaso de vino del mostrador pobre, a la copa de whisky del aguardiente mata ratas, a la vodka. La bebida gratuita puso el entusiasmo en los rústicos carrillos de Rigobert Leboeud, que pasaba por delante del patio de esta narración por ver si Mme. Tugal salía al balcón, como una novia púber al paso de su húsar trompetero. Pasó cinco veces intervaladas sin encontrar a nadie que le sonriese al trompetear. Ya de madrugada, creyendo que habían anunciado un mundo con sus cobres relucientes y abollados, Rigobert perdía el entusiasmo. Una serie de conjeturas instintivamente le asaltaban como preparándose a recibir un año aciago. La boquilla de su trompeta le destilaba un amargor de pulmones cansados. Su cerebro se hallaba aturdido por el alcohol y el cansancio, pero todavía tenía ciertas

reminiscencias de raciocinio para barruntar una desgracia, en su último amor. Tenía cariño por la Tugal, porque encontró en ella alguna cualidad, "que diantre, el último comportamiento de la vida es el que cuenta, y si se ha sido bueno durante toda la existencia peregrina, mucho mejor".

A las 7 de la mañana, llegó con su pantalón blanco manchado de barro y de vino. Le traía un regalo prometido desde hacía varias semanas: una hermosa botella de kirsch, con papeleta escrita en inglés y lacito azul en el cuello de cristal. ¡Kirsch! "Para ti, pichoncito tierno de mi último amor, para ti!"

Todavía los vecinos del patio, menos monsieur Albenoni, cantaban con voz ininteligible aleluyas de averno. Leboeuf estaba ebrio. Veía la habitación, dar vueltas; Madame Tugal estaba a su alrededor, tendida en el lecho, dándole vueltas también con la habitación. Su amada tenía la nariz roja en los fríos hierros de la cama y se había dejado ir, por el estómago y las ventanas nasales. Debió haber bebido, hasta que el mercurio del aburro le rompió las venas, se dejó marear y dos duendecillos del cerebro con sus trompetillas, teléfonos y palancas neuróticas debieron dormirse. Eutanasia después de darle su postrero brebaje letífero, la exigió limpia de órganos, sin una gota de alcohol en las venas. Un hilillo como de lana roja se fue deshilvanando del cuerpo como de una prenda demasiado vieja. Debía oír el tambor, las trompetas y las campanas a las 12 de la noche, pero a las siete del año siguiente era demasiado tarde; la ropa deshilvanada de sus venas se había extendido en la tarima. Es lo que miraba Leboeuf allí, entre los vómitos una mancha grande y rojiza que le salió de la nariz. Flecos rojos, coagulados en el colchón. Huellas de una vida escapada...



La enterraron desde el hospital de la comuna a donde la habían llevado para reanimarla... Leboeuf no se tomó la molestia de acompañarla siquiera. Había muerto Mme. Tugal —qué lo iba hacer? Más perdió el café Percin, que contaría ya con una cliente menos.

Rigobert Leboeuf quedó prácticamente viudo por segunda vez, pero iba a desmoralizarle de nuevo la soledad?

Trataría de rescatarse a los 61 años? No fue Mme. Tugal la que le arrastró hacia esa vereda escabrosa e irresistible del alcoholismo? Placer del paladar, mundo de ensueños. Alcohol, sabroso veneno. Se deja en mostradores una tercia parte del pecunio de nuestra vida, creyendo acaso que el precio está saldado, pero... queda el organismo a saldar; algunos como madame Jeanne Tugal se escapan sin pagar el tributo del dolor angustioso, de las visiones infernales. Las venas se les vacían antes de sufrir la fobia de toda una fauna repugnante: la del delirium tremens; en cambio a los demás se les va formando en el hígado como una valsa química tumescente. La víscera hinchada. Aparecen los cólicos hepáticos como si el cerbero las mordiese con sus fauces rabiosas, tornándose en dolor lo que fue sabroso y agradable al cuarto sentido.

Leboeuf comenzó por no ir al trabajo —para qué trabajar? El Viernes 4 de Enero era la san Rigobert. Todavía no hacía veinticuatro horas que estaba enterrada Jeannette y ya le intrigaba el roer continuo detrás del marco de la pared. El no creía en aparecidos, ni duendes, ni transformaciones después de muerto; pero aquel constante roer de dientes en el cartón de Stalin, no sería La Tugal que le reprochaba de haber deservido a sus obligaciones funerales? Aquel ruido de rata le parecía maldición. Eran las 10 de la mañana, hacía frío, y sin ánimo para encender la lumbre, estaba sentado al pie de la cama, tiritando como un pachón abandonado. Encima de la mesa la botella cuadrada de kirsch disminuía considerablemente, cuatro luengos tragos más, y el líquido habría pasado a su estómago. Así lo hizo: la miró, la destapó y empinó el recipiente para quitarse el miedo de la rata. Pero del pecho del mariscal proletario surgía siempre el rumor de cartón mordido como si lo estuviese devorando un animal invisible. Es ella, es ella! murmuró. Jeannette, Jeannette! Pero el roer de dientes estaba allí, aumentando en sus sentidos. Multiplicándose como el crepitar de nueces quebrantadas, por voraces muelas. Jeannette, Jeannette! —Puso el oído en el corazón de Stalin, golpeó el cuadro; el inoportuno roedor, paró de morder. Leboeuf respiró con satisfacción, creyendo que el ruido acabaría por desaparecer; tomó de nuevo la botella de kirsch, bien afirmada entre sus robustos dedos, se administró una buena dosis de energía simbólica, dejando sobre la mesa la bo-

tella apurada. Sopló como si le quemara la garganta, se hinchó hiperbólico para soportar todas las excentricidades de muertos y aparecidos y tomar el día de su santo como un albo lapillo. Volver a vivir para beber y beber, para creer que se vive. No debió parecerle igual a las razones físicas de su interior mental; ya que le frotaban en las sienes ciertas perturbaciones, borrándole los objetos reales y subrogándole otros con tan resaltado relieve, que por momentos veía sumergirse en ese mundo de la fobia, del tormento y los impiadosos azotes de la convulsión. Le puso el alcohol efímeras fuerzas en el espíritu, y se las quitó del cuerpo. Una pesadumbre le llegaba a la cabeza, agitándole los nervios, como si el cráneo se convirtiese en plomo y los miembros en temblorosas plumas.

En los rincones, las arañas tejían telarañas pegajosas, rompiendo ángulos, arenando muebles; quebrando superficies de polvo humedecido. Arañas grandes de negro tórax y abultado abdomen, articulaban sus ocho patas, tejiendo compromisos sutiles y terrosas sombras.

A las doce, no tenía ganas de comer; aquella casa que ganó con tanta argucia le inspiraba terror. Por tanto, quería celebrar su santo, no más que fumando y bebiendo alcohol. El humo del cigarrillo rubricaba en el aire anillos vaporosos. Quería resistir a sus alucinaciones, pero el roer del cuadro le herizaba los cabellos. Era real o ficción? Del corazón de Stalin se movía una brizna de papel. Se fue ensanchando, hasta abrirse en un resalto irregular, asomando por allí la cabeza atrevida de una rata gris. El roedor abría sus ojos redondos y apoyando el hocico en los pétalos del papel, miraba a todas partes hasta fijarse detenidamente en Rigobert con aire de reproche.

Leboeuf encorvó los ojos, retrocediendo hasta el rincón más abandonado de la habitación. Era ella. Sí; ella, Jeannette que le reprochó aquel cuadro estúpido. El animal se bajó a la tarima, husmeaba los objetos sin temor. Leboeuf en cambio acongojado por el pánico, le arrojó la botella vacía de kirsch, sin amedrentar por eso al animal que seguía hozando las puertas de los armarios y los más negligidos espacios de la habitación. Entonces Leboeuf en un decisivo arrebató de cólera, empezó a lanzar a la rata todas las botellas y recipientes que encontraba a su alcance, con un estrépito de golpes, gritos, desgarró de ropas, exclamó:

maciones de miedo y dolor, golpeando la habitación de arriba abajo. Metiendo un palo de escoba por debajo de la cama, agitándolo por todas las direcciones como para pulverizar la rata gris. El animal espantado intentaba huir, subirse a las encumbradas estanterías. Mr. Leboeuf fue a la carga en línea dando palos de ciego por doquier considerase estuviese la rata. Algunos gritos desgarrados fueron oídos por los vecinos en su traqueteo de escobazos.

"Ella es, Jeannette! No le temo a Jeannette! Ni a las arañas! Ni a las víboras! Quítenmela de aquí, que no le temo. Que me la lleven —en donde estaba— que se pudra debajo de la hierba! Llévadmela de aquí o prendo fuego a la casa!

Jadeante, empapado de sudor, lanzando ayes doloridos, precedidos de ziszás que antes escobazos, los vestidos completamente desgarrados, chorreando sangre del rostro, de sus labios rústicos, gordos y retorcidos, siempre en una mueca de espanto, buscó las cerillas: en dónde están? Veréis si termino con ella! Stalin, Pío XII y el crucifijo, clavados en la pared, miraban impasibles aquel hombre que con gestos vesánicos buscaba periódicos, los acumulaba en un rincón para prenderles fuego, pero en aquella desordenada casa, no se encontraba nunca lo que se buscaba. La rata gris acosada, le enseñó los dientes amarillos. Leboeuf jadeante, empapado de sudor, salió por el balcón apoyando sus pies en la faja del muro y mirando con extraviados ojos a los vecinos y a la policía que trataba de atraparlo, acorralándole como fiera escapada del Zoo; pero Leboeuf, agarrado fuertemente al entrepaño y a las adarajas del vetusto edificio, avanzaba como un sonámbulo, hasta penetrar en el balcón contiguo donde le esperaban sus cazadores.

Media hora después, se le vio, los ojos desorbitados, avanzando forzosamente entre los brazos de cuatro guardias que lo conducían. Leboeuf, todavía forcejeaba para desasirse de las poderosas garras de sus cazadores. Se le vio perderse entre los recodos de las calles retorcidas y aún su voz se desgañitaba a lo lejos: La Rata Gris!... La Rata Gris!... hasta que el diáfano paredón de la distancia borró para siempre los angustiosos gritos del infeliz.